

Jorge Herralde

Por orden alfabético

Escritores, editores, amigos



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección:
Julio Vivas
Ilustración de Mercè Galí

Primera edición: septiembre 2006
Segunda edición: octubre 2006

© Jorge Herralde, 2006
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2006
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 84-339-0787-5
Depósito Legal: B. 45778-2006

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2241, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Para Lali

Una persona moralmente irreprochable
no escribe libros.

GIORGIO MANGANELLI

EDITAR A KIKO AMAT

Kiko Amat es un escritor muy peculiar en el panorama de la literatura española. Para empezar, es un *mod*, proviene de la secta *mod*. ¿Y quiénes son los *mods*? es una pregunta muy legítima que podrían ustedes hacerme.

Rápidamente: en la subcultura inglesa de finales de los 50 aparecen dos tribus urbanas, los rockers y los mods, las dos de origen *working class*. Pero los rockers, con sus botas de cuero, sus melenas, sus motos y el rock'n'roll, estaban en las antípodas de los mods. Éstos, también proletarios, eran dandies de estricta observancia: pelo corto, traje de tres botones, corbata estrecha, usaban scooters, en especial Lambrettas. Adoraban el jazz cool de la costa californiana. Como buenos dandies, en cuanto el jazz se popularizó, se pasaron al rhythm & blues, los Rolling Stones y los Who. Como toda secta que se precie, aparece y reaparece, y así hubo un fuerte revival en el 75 con The Jam, que se acercó al punk rock. En España la secta, poco numerosa, también aparece y reaparece. Un ejemplo: los hermanos Matamala, primero como grupo Brighton 64 (lugar y época en que tuvo lugar un sonado enfrentamiento entre mods y rockers) y luego ya como Matamala.

Como ven, un extraño preámbulo para presentar a un escritor español del siglo XXI. Kiko Amat nació en Sant Boi

en 1971 y exhibe un currículum como de novelista norteamericano a escala local, más bonsái. Trabajó en la SEAT en la cadena de montaje, en una fábrica de mermeladas, como recepcionista del camping La Ballena Alegre en Castelldefels (por cierto, Bolaño también trabajó como guardia nocturno en un sitio similar), encuestador, quiosquero, cartero. Y encargado durante cuatro años en una tienda de discos en Londres: después del trabajo volvía a su agujero hecho polvo, en especial si venía del pub (cosa harto frecuente), pero en esa época, trapicheando todo el día con discos, era «inmensamente feliz», como comenta en una entrevista.

Siguiendo con la biografía atípica, pero muy coherente, ha editado varios fanzines, *Rowed Out!*, *Hangover*, *Vendetta* y el último *La Escuela Moderna*, dedicado al pedagogo anarquista Ferrer Guardia, vilmente fusilado en Montjuïc en 1909, tras los sucesos de la Semana Trágica. En él, Kiko Amat da rienda suelta a su veta situacionista, anarquista, a favor de la abolición del trabajo y todo el rollo. Le pregunté cómo funcionaba. Muy fácil, me contestó, el primer y por ahora único número costó 150 euros. Se imprimieron 200 ejemplares, de los que se regalaron 150 ejemplares en una de las fiestas en las que regularmente Kiko hace de disc-jockey, otra afición inevitable, y regala los 50 restantes a aquellos editores de fanzines que realmente se lo merezcan. O sea, todo un benefactor.

Y ya nos vamos acercando a la novela de Kiko, pero aún con un rodeo. Hace unos años recibí una carta escrita de un modo muy fresco y espontáneo por Eugènia Broggi, su pareja en Londres, que trabajaba en esa gran catedral librería que es Foyles y, como gran fan, igual que Kiko, de Anagrama, quería importar nuestros libros. Y así empezó una correspondencia en la que me contaban sus gustos literarios, autores como Brautigan, el Colin McInnes de *Absolute Beginners (Principiantes)*, y alguno de los *angry young men*, la idea que tenían

de montar una editorial y otros proyectos y fantasías. Cuando regresaron a Barcelona, Eugènia me visitó y empezó a colaborar con Anagrama como lectora externa, mientras trabajaba en la Casa del Libro y en BTV, en el programa de libros de Emilio Manzano, el clásico pluriempleo. (Por cierto, ahora es la directora de la editorial catalana Empúries, a la espera de que la llamen de Londres para hacerse cargo de Penguin).

Y ya sí llegamos a la novela. En una de sus visitas, Eugènia me dejó, con mucha precaución e inseguridad, el manuscrito de una novela de Kiko, *El día que me vaya no se lo diré a nadie*. Yo, como desde hace tiempo tengo por costumbre, debido al agobio de manuscritos que nos inundan, pensaba pasarlo a nuestra primera lectora para que le echase un severo vistazo, después a un segundo lector y, finalmente, si superaba todos los obstáculos, leerla yo. Pero, por casualidad, era un viernes al mediodía y, si no tengo alguna reunión o alguna presentación, los viernes por la tarde la editorial está muy tranquila, apenas hay llamadas y despacho correspondencia no urgente que ha quedado aplazada. Poco antes de irme, eché un vistazo por curiosidad al manuscrito de Kiko. Empecé a leerlo, me quedé atrapado y lo terminé en casa el mismo día.

Tenía elementos obvios para engancharme. A la manera de mi querido Richard Brautigan, de quien publiqué tres libros (con escaso éxito), la novela está distribuida en breves, ágiles, acelerados capítulos —78 en este caso—, en torno a una fracasada historia de amor entre Julián, dependiente de una librería, y Octavia, que, muy a disgusto, pone la voz en el metro y en los contestadores telefónicos. Y la cuenta de una manera muy eficaz que el propio Kiko describe acertadamente así: «Punk rock. Abrupta, afilada, minimal; párrafo corto, frase corta. Influencia tanto de los autores que me gustan (Brautigan) como de los discos que escucho (punk rock, northern soul, beat, psych, indie primigenio...)».

Tras leerla no dudé en publicarla, y precisamente en «Contraseñas», una colección de literatura marginal y salvaje que surgió en aquella Barcelona libertaria de la segunda mitad de los 70, con Bukowski, Copi, Tom Wolfe y Hunter S. Thompson, el autor de la memorablemente disparatada *Miedo y asco en Las Vegas*, que acaba de descerrajarse un tiro en la cabeza, y naturalmente Brautigan y McInnes. Por cierto, los escasos lectores de Brautigan reconocerán un guiño de Kiko a su novela *Un detective en Babilonia*: al igual que el detective, el protagonista de la novela de Kiko es propicio a ensoñaciones varias para desconectarse de una realidad hostil. Una vez decidida su publicación, se procedió, como siempre, a una minuciosa revisión de la novela. Respetando su estilo, se corrigieron errores e imprecisiones propias de un *absolute beginner* y se puso en librerías. La novela tuvo buenas críticas y ventas moderadas pero aceptables.

Así, Care Santos subrayaba en «El Cultural» que escritores como Colin McInnes y Nick Hornby (el autor de *Alta fidelidad* y *33 canciones*) «dejan sus ecos en esta novela construida a fogonazos, ágil y urbana». Y debe destacarse la reseña de Francisco Solano en *El País*, un crítico que durante dos años se ha ocupado de las óperas primas aparecidas en España en ese período. Su exigente diagnóstico es casi siempre negativo, a su pesar: él es la primera víctima, ya que, según me comentó hace pocos días, ha leído en dicho lapso más de cien malas novelas. Y, sabiamente, ha decidido dejarlo. Pues bien, las tres óperas primas publicadas por Anagrama en 2003 pasaron con buena nota el examen de Francisco Solano: las de Alberto Méndez, Pérez Subirana y Kiko Amat. En la de éste comentaba cómo lograba «transmitir el ofuscamiento y la futilidad de cierta juventud urbana atrapada en un presente viscoso, con el futuro siempre postergado, y más o menos en un constante desequilibrio emocional. Escrita con un estilo de frases cortas, nerviosas, en capítulos breves, deudores de la técnica y el humor del *sketch*».

A raíz de la publicación tuvo lugar la habitual rueda de prensa, en la que el novato Kiko Amat se desenvolvió con eléctrica soltura, lo entrevistaron las jóvenes revistas de tendencia, como es lógico, y tuvo una primera intervención televisiva en un coloquio de BTV, el aludido programa de Manzano. Y allí, entre los varios invitados (con un aspecto un tanto envarado) destacaba la cabeza escueta de Kiko Amat, como un pájaro alerta, con una gestualidad espasmódica que recordaba un poco a Jean-Pierre Léaud, el actor fetiche de Truffaut, pero sin la afectación bastante insoportable del francés. Pensé que un director de *casting*, un cazatalentos, debería fijarse en Kiko.

Y como quería escribir para ganar un poco de dinero y para practicar, lo recomendé en algunas publicaciones, y ha sido en *La Vanguardia*, en «Cultura/s», al amparo de Jordi Balló y Jordi Costa, donde podemos leer sus artículos ágiles, informativos, sarcásticos y eléctricos, típico Kiko.

Y estamos a la espera de la segunda novela, que suele ser un momento complicado en la vida de todo escritor.

*Coloquio Lateral en el
Ámbito Cultural de El Corte Inglés.
Barcelona, 28 de febrero de 2005*

RAFAEL CHIRBES: LA VOZ DE LA VERDAD

No una verdad dogmática, aunque no se anda con chiquitas cuando cree en una cosa, sino una voz que pregunta y se interroga, que celebra y se indigna, que gusta de ir (o tiene que ir) a la raíz de las cosas, duela lo que duela. Alguien que dice exacta y duramente lo que piensa.

Así me gusta oír la voz de Rafael Chirbes, cuando me comenta, por teléfono, las mamarrachadas políticas del momento (en los días triunfales de los socialistas eran su gran bestia negra: los traidores), las preciosidades ridículas de tantos colegas, incluso amigos, o bien desmenuza rigurosamente –a favor o en contra, o a favor y en contra– las novelas de aquellos escritores que le inspiran (o le han inspirado) confianza. Chirbes conserva intacta la capacidad de indignación, que no surge antes de hora pero tampoco se aplaza.

Cuando me piden un texto sobre él para un volumen colectivo, organizado por la Universidad de Berna –ya es bien sabido cuánto han triunfado sus traducciones al alemán–, le comento: «Sólo tengo el título: “Rafael Chirbes: la voz de la verdad.”» Y él dice, con su pudor característico: «Qué gran mentira.» Pero de mentira, nada: Chirbes quiere averiguar el «código secreto» de nuestra sociedad. Así lo veo, como un sabueso inevitable a la caza de la verdad.

Quien primero me habló de Chirbes fue Carmen Martín Gaité, de quien fue gran amigo hasta su muerte, con interminables charlas telefónicas y gran sintonía sobre temas literarios y políticos, según me contaba Carmiña. Ella me pasó el manuscrito de una novela, *Mimoun*, que me pareció una ópera prima más que prometedora; una novela que podía ser algo así como el «negativo español» de la generación del autor. El protagonista, desconcertado y asqueado por las claudicaciones y ambigüedades de la «ejemplar» transición, abandona España y se va a Mimoun, un pueblecito cerca de Fez, donde vive como profesor un par de años. Chirbes nos ofrecía una visión de Marruecos que no tenía nada que ver con las novelas más habituales, quedaban excluidos folklores baratos, descrito por un narrador ajeno a la quincalla del exotismo, lacónico y elíptico, con la homosexualidad y el alcohol bien presentes.

Invité a Chirbes a presentarse a nuestro premio de novela y en la deliberación final quedaron *La Quincena Soviética* de Vicente Molina Foix y *Mimoun*. Como consta en el acta, la votación fue favorable a la novela de Molina Foix por tres votos a dos. Este apretado resultado se reflejó también en las reseñas de las obras. Las dos novelas tuvieron excelentes críticas, la de Molina Foix, por parte de los popes más consagrados, mientras que Chirbes entusiasmó a los más marginales e insumisos. No en vano Chirbes había sido también crítico literario, periodista, librero, y en la universidad formaba parte de un grupo de jóvenes estudiantes izquierdosos, El Seminario, junto con Constantino Bértolo, Manuel Rodríguez Rivero y la musa, Ana Puértolas (hermana mayor de Soledad, esta última entonces aún poco visible). Además de las buenas reseñas y un número aceptable de lectores, *Mimoun* tuvo un apreciable despegue internacional, con cuatro traducciones.

Su segunda novela, *En la lucha final*, es el retrato de una generación cuyos miembros luchan descaradamente por el poder (o sus migajas), aunque evoquen aquellos días en los que creían en la gloriosa «lucha final». Con fragmentos excelentes, estaba lastrada en su primera versión por un elemento de inverosimilitud que, pese a una aplicada labor posterior del autor, quizá no llegó a disiparse del todo.

Chirbes, que tan inseguro se siente habitualmente respecto a sus manuscritos, sí tenía gran confianza en su tercera novela, *La buena letra*, la crónica de una iniciación adolescente en un pueblo levantino durante la posguerra más atroz. Un libro tan incrustado al autor como una víscera. Me gustó mucho, en su registro, pero temí que los lectores fueran un tanto esquivos. Y posiblemente me equivoqué, como me equivoqué, sin duda alguna, respecto a *Usos amorosos de la postguerra española* de Carmen Martín Gaité, e *Historia de una maestra* de Josefina R. Aldecoa, que publiqué con cierta desconfianza respecto a la recepción lectora (la resuelta confianza de las autoras agravaba, paradójicamente, dicha desconfianza) y que resultaron dos considerables bestsellers.

Pero en el caso de *La buena letra*, pese a que la «letra» de mis comentarios a Chirbes (ahora ya Rafa) fue favorable sin fisuras, quizá en la «música» se traslucía dicha reticencia comercial, y nunca acabó de creerse el entusiasmo del editor respecto a este libro, que tanto le importaba biográficamente. En cualquier caso, hábilmente manipulado por su viejo amigo, «el pérfido Bértolo», como en broma a veces le llamo, la publicó en Debate, la editorial que éste dirigía y dirige (aunque finalmente recalará pronto en el hogar anagramático, según me ha dicho el autor, tras vencer el contrato).

Con su siguiente novela, *Los disparos del cazador*, una pequeña obra maestra, sus sospechas respecto a mis entusiasmos desaparecieron, y hasta hoy. Aunque el «grumo» de *La buena letra*, las causas «reales» de nuestro desencuentro, aún

aparece de vez en cuando en nuestras conversaciones: él insiste en su versión, creo que ya por coquetería.

Un episodio importante en la biografía de Chirbes. Se fue a vivir a Valverde de Burguillos, un pueblecito de la provincia de Badajoz, con 400 habitantes y varios bares, un pueblo debidamente colonizado por el líder socialista extremeño Rodríguez Ibarra. El empleo del tiempo de Chirbes durante los once años que residió en el pueblo era bien simple. Aparte de los periódicos viajes para sus reportajes en la revista *Sobremesa* —no por alimentarios menos excelentes—, se pasaba el día en casa escribiendo y leyendo como un poseso, y por la noche iba a tomar copas en las cantinas locales, donde se peleaba encarnizadamente con la clientela «socialista» que había traicionado por cuatro subsidios la causa de la izquierda.

Una vida social, pues, poco estimulante (y más para un levantino como Chirbes) pero que le proporcionó tiempo holgado para escribir *La larga marcha* y *La caída de Madrid*, dos obras magnas en todos los sentidos.

Después de las cuatro novelas citadas, en 1996 aparece una novela de gran tonelaje, *La larga marcha*, articulada en dos extensos bloques: la posguerra y la lucha antifranquista en los años 60. Dos generaciones, los denostados y humillados, por una parte, y los jóvenes universitarios que, veinte años después, aprenden a constituirse contra el pasado heredado.

Una novela que instala a Chirbes como un escritor ineludible, y así lo consignó la crítica, que la colmó de elogios casi unánimemente y habló de elegía y épica, de hermosísima crónica sentimental, de personajes que configuran una representación en miniatura de la España tardofranquista, de *La educación sentimental* de Flaubert, de una novela tan ne-

cesaria como dolorosa, el referente ético y estético de una generación, y de que «las posibilidades de la novela realista siguen siendo infinitas» (J. A. Masoliver Ródenas).

Una novela, y de ahí el *casi* unánimemente de la crítica, que provocó un *casus belli* sonado, a raíz de una reseña de Ignacio Echevarría (excelente crítico y gran amigo), quien, tras elogiar las tres novelas inmediatamente anteriores de Chirbes, considera fallida *La larga marcha*, una «novela mural» (alusión explícita, en negativo, a los muralistas mexicanos) y epigonal, llegando a compararla con *Los cipreses creen en Dios* de Gironella: «un desatino que roza la vileza», respondió Antonio Muñoz Molina en su artículo «En folio y medio» de forma contundente. Según Rafael Conte, «para venganza de antiguos agravios críticos simulando defender esta novela, que no lo necesita para nada, pues se defiende muy bien ella solita». Y así es. En la presentación del libro en la Biblioteca Nacional, explicó Chirbes su idea de la literatura: «Hacer una obra maestra en el sentido que esta expresión tenía en los gremios medievales, una obra que tiene en cuenta los cánones de los maestros que precedieron al nuevo autor.»

Más allá de las querellas hispanas, la edición alemana tuvo un éxito extraordinario, fue muy elogiada en el legendario programa de Reich-Ranicki y, según constató Octavi Martí en *El País*, en 1998, «entre los libros extranjeros *La larga marcha* fue el preferido de la crítica, que celebró también entusiásticamente *El esplendor de Portugal* de Antonio Lobo Antunes».

Cuatro años después, en 2000, Chirbes publica su otra novela de largo aliento, *La caída de Madrid*, al compás de la agonía de Franco, el 19 de noviembre de 1975, cuando los personajes, prototípicos de la España de aquel tiempo y a la vez intensamente vivos, se aprestan a la lucha por el poder. Estrategias personales, pactos colectivos que no se detienen

ante la traición, incertidumbre ante la muerte del dictador (¿qué jugada será la más rentable?), bajo la lúcida mirada de un autor al que le repugna la amnesia histórica generalizada, que se obstina en escrutar el pasado: un novelista contra el olvido.

La recepción de la crítica española también fue excelente. Se subrayó la intensidad de los retratos y la sutileza expresiva, la poderosísima eficacia introspectiva, la maestría del escritor y su compromiso moral, un lenguaje inconfundible por su sobriedad y contención. A este respecto, una crítica de Héctor M. Guyot en el diario argentino *La Nación* decía así: «Una pieza de indudable virtuosismo, cuya contundencia la absuelve de cualquier pretensión estetizante.»

Cabe destacar de nuevo la devoción de los críticos y lectores alemanes ante esta última novela del autor, que tuvo otra aparición estelar en el programa de Reich-Ranicki, un repique inusual. Así, Heinrich von Berenberg, en sus crónicas para *El País*, escribió que, en el panorama sobre literatura alemana y europea elaborado por la revista *Literaturen*, «se han comentado de manera muy favorable las novedades de importantes autores como Javier Marías, Antonio Muñoz Molina y, muy especialmente, la última novela de Rafael Chirbes, *La caída de Madrid*», mientras que la *Frankfurter Allgemeine Zeitung* la presentó como «un ejemplo a seguir» a los que esperan la gran novela sobre la reunificación alemana. No cabe mayor elogio.

Por otra parte, Juan Marsé, en el Premio de la Crítica concedido a *Rabos de lagartija*, «tuvo en Rafael Chirbes a un duro competidor con su novela *La caída de Madrid*», tal como reflejó la prensa. Según opinan los informados en los mentideros de la Villa y Corte, para decirlo en castizo, en los Premios de la Crítica y en los Premios Nacionales hay poderes fácticos imponentes, alguno de los cuales nada favorables a Chirbes, lo que acaso explique su ausencia en tales galardos-

nes, en los que siempre se ha quedado en puertas. Al menos así nos lo cuentan, no siempre de primera mano, a los barceloneses. Y en cualquier caso, conociéndolo un poco, puede asegurarse que Chirbes no se ha «trabajado» jamás los votos de los jurados, ni se los trabajará jamás.

Chirbes lee sin parar. En cada conversación telefónica me da el parte de sus lecturas, apasionadas y severas. Y desde luego lee a sus contemporáneos españoles con atención, pero sin contemplaciones, entre ellos muchos autores de Anagrama, que a menudo le gustan (aunque a veces me riñe). Creo que Pombo es el autor del que me ha hablado con mayor entusiasmo, y también de Sánchez-Ostiz, «el único que escribe desde fuera, está al otro lado». Y naturalmente de Marsé. Admira a Roberto Bolaño y ahora le ha entusiasmado *Tengo miedo torero* de Pedro Lemebel, al que se había acercado con cierta desconfianza, pero le ha conquistado. El ultimísimo descubrimiento es el joven Andrés Barba con *La hermana de Katia*, «una joya», me escribe en un fax reciente.

Pero así como se entusiasma, Chirbes es un buen sismógrafo para los impostores, para los lanzamientos mediáticos (me refiero a los escritores-escritores, los locutores no cuentan), tan descaradamente orquestados en ciertos casos, para los escritores ambiciosos que de pronto se acomodan, bajan la guardia.

Pero volvamos a los entusiasmos. *La chica danesa*, de David Ebershoff, por ejemplo, la novela basada en la historia real de un pintor danés que decidió cambiar de sexo, el primero en la historia: «¡Qué novela tan rara!», comenta; «Sí, pero excelente», digo enseguida. Y sí, estamos de acuerdo: una historia terrible, contada de una forma elegantísima y aparentemente fría, mientras bajo la tersa superficie va naciendo el horror. O su admiración por *Una danza para la música del tiempo*, de Anthony Powell; Chirbes, el hombre

de la izquierda insobornable, enamorado de la obra del cronista de la *upper class* británica, un escritor ideológicamente tan lejano: «¡Qué envidia! ¡Qué sabiduría!»

En fin, Chirbes no para de leer: «¿Cómo lo haces?», le pregunto. «Como no escribo», dice riéndose. Pero ahí no me parece escuchar la voz de la verdad.

Y no me lo parece porque sé que Chirbes escribe también muchísimo, aunque le cuesta mucho decidir que lo que está escribiendo vale la pena, le da muchas vueltas, no «lo ve», no le sale, dice: «Creo que ya no voy a escribir más.» Y, antes que yo, sus manuscritos tienen al menos un lector, un amigo suyo, más que severo. Hace un tiempo me envió una novela que me pareció francamente buena, exilio y sida en París. Sin embargo, tras mandármela, lo que ya indicaba haber superado su propia inseguridad militante, el veredicto del lector implacable fue tajante y le convenció de que no la publicara, fue más elocuente que yo. Una pena, pienso que se equivocó.

Chirbes habla de las novelas en gestación como de un animal arisco, reacio a ser amaestrado. Pero al final la doma es perfecta, bruñida. Aunque mejor no decírselo así: le ha cogido manía a su propio estilo, exacto, cincelado, tan justamente elogiado. Quiere luchar contra él, escribir de forma más «incorrecta» (y le ilusiona pensar que lo logra). Aunque ahora tiene más problemas para escribir seguido. Ha regresado de la soledad y el exilio extremeños, tan fructíferos, a Levante, al pueblo de Beniarbeig: «Sólo mil habitantes pero esto es Cosmópolis. Bastantes colombianos, bien acogidos porque vienen con chicas guapas. Y también marroquíes, pero a éstos no los quieren tanto porque no traen pareja y les tocan el culo a las chicas locales.» Y se lamenta, jocosamente: «Estos paisanos míos no tienen alma, que es lo mejor que les puede pasar, sólo piensan en comer, beber y follar. ¡Y yo,

con mi frágil alma, por culpa de los carmelitas de Ávila, rompiéndome la crisma en los bares!»

Y como el clima y los paisanos no ayudan, me envía unos ensayos literarios, magníficos, que conformarán un volumen, o me comenta la posibilidad de un libro de viajes, para no angustiarse.

Aunque hace poco me dijo: «Bueno, llevo cuatrocientas páginas de la novela, pero no tengo nada, nada, sólo voces, esto es una porquería, me levanto, me voy, sufro mucho, a ver si sufriendo sale algo. Pero no tengo nada.»

Y sí, ahora suena la voz de la verdad. Pero seguro que transitoria. Y que pronto habrá novela.

*Para un libro-homenaje.
Universidad de Berna,
enero de 2002*

«Y EL CINISMO SIN LLEGAR...»
HOMENAJE A PEPE MARTÍNEZ Y EL RUEDO
IBÉRICO

En los años 60, la década por excelencia de la edición política, que prosiguió en la década posterior y en cuyas pos-trimerías casi desapareció hasta muchos años después, en mi opinión tres figuras descollaban por encima de todas, tres faros, tres ejemplos para cualquier editor con vocación anti-franquista. Eran el italiano Giangiacomo Feltrinelli, el francés François Maspero y el español José Martínez.

También debe destacarse en especial a Jérôme Lindon, que en sus Éditions de Minuit, además de lanzar el *Nouveau Roman*, tomaba arriesgadas posturas, personales y editoriales, respecto a la guerra de Argelia y la práctica de la tortura de las tropas francesas, y desde luego el formidable catálogo de Giulio Einaudi, muy próximo políticamente al PCI. En España la excepcional labor de Carlos Barral en Seix Barral fue casi exclusivamente literaria, alejada de ensayos políticos.

Primeros pasos

Volviendo a los tres editores insurrectos por excelencia, mientras los Feltrinelli poseían una de las mayores fortunas de su país y Maspero era de familia acomodada, Pepe Martínez, que nació en 1921 en un pueblecito valenciano, era hijo de un

minero anarquista. Se exilió en París en 1948, como miembro activo de las Juventudes Libertarias, donde reencuentra a Nicolás Sánchez Albornoz, a quien había conocido en 1946 como miembro de la FUE, y éste lo conecta con Paco Lamana, Barbara Probst Solomon y Paco Benet, con quien codirige la revista *Península*, de la que salieron dos números, abogando por la revolución democrática, y que fue su primera experiencia editorial contestataria. En 1950 conoce a Francisco Carrasquer y en 1955 sigue los cursos de Pierre Vilar en la Sorbona. Empieza a tomar contacto con la profesión editorial gracias a su compañera Elena Romo, que le pasa diccionarios Larousse para la corrección de textos. Pero gracias a la joven estudiante Marianne Brüll en 1957 ingresa en calidad de jefe de producción en la editorial Hermann, donde estaría cinco años, hasta 1962, en que fundó Ruedo ibérico. En Hermann aprendió el oficio, de la mano de Adrian Frutiger, un reputado tipógrafo suizo, el gran maestro de Pepe Martínez, quien se convirtió, en palabras de su amigo y colaborador Antonio Pérez, en «una auténtica enciclopedia tipográfica».

Y en 1961 constituyen Ruedo ibérico, con recursos limitados, una constante en la historia de la editorial, cinco fundadores de diversas sensibilidades antifranquistas: Nicolás Sánchez Albornoz, Vicente Girbau, Ramón Viladás, Elena Romo y Pepe Martínez, que es quien ejercerá de director de la editorial hasta el final.

Sus propósitos son nítidos: luchar contra la censura franquista y también contra la autocensura forzosa de quienes publicaban en España. Y así como otras editoriales de exiliados se dirigían a los mismos exiliados, desde el inicio se planteó vender en España y publicar básicamente libros de ensayo, más castigados por la censura. Al año siguiente se publicó el primer libro, que causó una gran conmoción: *La guerra civil española* de Hugh Thomas.

El catálogo de Ruedo ibérico

El primer título de la editorial, en 1961, fue, en efecto, un éxito resonante: *La guerra civil española* de Hugh Thomas, un historiador que no era ni es nada revolucionario precisamente. Era una obra muy documentada y con voluntad objetiva, que daba, por tanto, una visión de la contienda que no tenía nada que ver con la hagiografía de la cruzada. Poco después, en 1962, otro libro, *El laberinto español* de Gerald Brenan, con el significativo subtítulo de *Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*, que abarcaba desde 1874 hasta 1936, es decir, era una suerte de introducción, espléndida y con una clara perspectiva de izquierdas, al libro de Thomas, y los dos conformaban una suerte de díptico imprescindible para muchos lectores españoles.

De la valiosísima trayectoria de Ruedo ibérico en París (1961-1977) subrayaría varias áreas. Los libros en torno a la guerra civil, en los que destacan, aparte de los ya citados, *El mito de la cruzada de Franco* de Herbert Southworth, *Diario de la guerra de España* de Mijaíl Koltsov, *Revolución y contrarrevolución en España* de Joaquín Maurín, *Los problemas de la revolución española* de Andreu Nin, *El reñidero español. Relato de un testigo en los conflictos sociales y políticos de la guerra civil española* de Franz Borkenau, *Breve historia de la guerra civil* de Gabriel Jackson y el primero de los libros que un joven Ian Gibson publicó sobre Lorca. Otra veta es la de jóvenes autores españoles, a menudo con seudónimo, que inciden frontalmente en temas contemporáneos, como Ignacio Fernández de Castro, Luciano Rincón, Juan Goytisolo, Juan Martínez Alier, Manuel Vázquez Montalbán o Jesús Ynfante con el celeberrimo libro sobre el Opus Dei, la «Santa Mafía», así como libros colectivos como el imprescindible *España hoy*.

Entre los textos anarquistas destacan la magna obra en

tres volúmenes *La CNT en la revolución española* de José Peirats, *Los anarquistas españoles y el poder* de César M. Lorenzo y las memorias de Cipriano Mera y Juan García Oliver (las de este último ya editadas en España, en 1978), y también análisis más contemporáneos como *Crítica de la izquierda autoritaria en España 1967-1974* y *El anarquismo español y la acción revolucionaria 1961-1974*.

Asimismo figuran *La pell de brau* de Salvador Espriu, *El pensamiento político de Castelao* y *Galicia hoy*, mientras que en los varios volúmenes dedicados a Euskadi destaca el apoyo prestado a la editorial vasca Mugalde para la publicación de *Operación Ogro: Cómo y por qué ejecutamos a Carrero Blanco*.

Encontramos también en el catálogo figuras de disidencias varias como Trotski, Bujarin, Fernando Claudín, Carlos Franqui, Castoriadis, Lefort.

Y finalmente una deriva más erótica y licenciosa, en una onda similar a la del editor francés Jean-Jacques Pauvert, con títulos como *La revolución sexual* de Wilhelm Reich, la célebre *Emmanuelle* o textos de Georges Bataille y Xavier Domingo. Una deriva que completaba la transgresión total a la que no hacía precisamente ascos el nada mojigato Pepe Martínez.

En cuanto a la difusión de los libros, demos la palabra a su gran amigo Francisco Carrasquer, un conocedor del tema, que en una entrevista en el *Avui* afirmaba: «Entre los más vendidos de la primera época podemos mencionar, en orden decreciente, *La prodigiosa aventura del Opus Dei* de Jesús Ynfante, *El laberinto español* de Gerald Brenan, *La Guerra Civil española* de Hugh Thomas, *El mito de la cruzada de Franco* de Herbert Southworth y *Franco. La obsesión de ser. La obsesión de poder* de Luis Ramírez (seudónimo de Luciano Rincón).»

«*Cuadernos de Ruedo ibérico*»

Los *Cuadernos de Ruedo ibérico*, cuya historia está tan íntima e intrincadamente enlazada con la de la editorial, y ambas identificadas, claro está, con Pepe Martínez, tuvieron un papel aún más relevante que la propia editorial, como bien adivinó Pepe, en su función de información ágil, denuncia política y reflexión teórica.

Podría decirse, al menos en mi caso, que la lectura de los *Cuadernos de Ruedo ibérico* y de *Triunfo*, que mediante sus artículos sobre política exterior informaba oblicuamente sobre la realidad española, fueron de extrema importancia formativa. Ambas, de forma significativa, desaparecieron pocos años después de la transición.

Los *Cuadernos* empezaron a publicarse, con su característico formato casi cuadrado y su elegante y sobria maquetación, el 25 de julio de 1965, con vocación bimensual, y su último número, el 61-62, apareció en 1979.

Su primera etapa, hasta el número 42, de 1974, es de clara inspiración marxista con el antifranquismo como referencia. En los primeros números, con Semprún, Claudín y Vicens, recién expulsados del PCE, y Castells, García Rico y Antonio Pérez, siempre bajo la batuta de Pepe. Y también desde sus inicios tuvo la colaboración, especialmente en el ámbito literario, de Juan Goytisolo. A partir del n.º 6, en 1966, van aterrizando y coexistiendo con los anteriores los jóvenes cachorros universitarios del FLP (o los sucesivos felipes), una lista innumerable. Por citar unos nombres: Leguina, Nacho Quintana, Luciano Rincón, Fernández de Castro, López Campillo, José Luis Leal, Maragall, Comín, Vázquez Montalbán, Tomás de Salas. Y colaboran activamente Colodrón, Salvador Giner y dos nombres imprescindibles que acompañarán al editor hasta el final: José Manuel Naredo y Martínez Alier. Teniendo en cuenta los nombres citados y

otros muchos más, resulta sangrante la indiferencia u hostilidad con que fue acogido Pepe a su regreso, y tanto más cuando los socialistas formaron gobierno.

En la segunda época, inaugurada con el n.º 43-45, en 1975, se definía una línea antiautoritaria, es decir libertaria en un sentido amplio, con un consejo de redacción formado por Naredo, Martínez Alier, Colodrón y el propio Pepe. Una línea que lo enfrentó con sus antiguos colaboradores marxistas de la etapa anterior. Y en 1977, con *Marx. Bakunin*, un número monográfico sobre anarquismo coordinado por Francisco Carrasquer, se inaugurará una etapa específicamente libertaria que concluirá con el número *CNT: ser o no ser. La crisis 1976-1979*, redactado casi íntegramente por Pepe Martínez bajo su seudónimo de Felipe Orero, que fue recibido con el silencio glacial de los cenetistas.

Éste fue el triste final de los *Cuadernos*, con Pepe cargado de deudas, enfrentado con sus antiguos colaboradores que estarían pronto en el poder y sin ninguna influencia entre los anarquistas organizados.

Circulación en España de Ruedo ibérico

¿Cómo conseguir las publicaciones de Ruedo ibérico?

Hablo de mi experiencia personal y la de muchos otros jóvenes barceloneses atraídos por la mítica editorial. Por una parte, los viajes, en especial a Perpignan, donde a principios de los 60 unos cinéfilos barceloneses, bajo el nombre de Linterna Mágica, organizaban exhaustivos weekends cinematográficos en los que descubrimos el mejor cine internacional, desde luego inaccesible en España (recuerdo los memorables ciclos dedicados a la Escuela de Nueva York o al *free cinema* británico). Pese al apretado programa, sacábamos tiempo para ir a ciertas librerías que tenían sus altares revolucionarios de Ruedo ibérico, cuyos libros luego pasábamos camu-

flados por la frontera con cierta zozobra. Si uno llegaba a París, estaba la visita obligada a la Joie de Lire, la librería del editor François Maspero, donde podían satisfacerse ansias bibliográficas revolucionarias de amplio espectro, o más adelante, en 1972, se podía acudir a la propia librería de Ruedo ibérico, en rue de Latran.

Tampoco era tan difícil encontrarlos en Barcelona. Ruedo ibérico se distribuyó de forma bastante continuada durante muchos años básicamente gracias a dos importadores: uno era el editor y librero Sigfried Blume, gran amigo de Pepe Martínez, y el otro, Rufino Torres, un ex guardia civil que, por razones obvias, conocía bien los entresijos fronterizos, y que incluso, en una ocasión, alertó a Pepe de que tenía un «topo», un informador en Ruedo. En América Latina, otro editor y amigo, Joan Grijalbo, se ocupó del tráfico de libros.

Una vez en Barcelona, las librerías más arriesgadas tenían su rebotica con ejemplares prohibidos para clientes de confianza. En mi caso, mi librero de cabecera era Enric Folch, el ahora director de Paidós y entonces director de Àncora y Delfín, un auténtico maestro suministrando información confidencial y sumamente persuasiva acerca de los tesoros ocultos recién llegados.

Y en el barrio de la editorial, en Sarrià, había también otra posibilidad de suministro: periódicamente, un hombre más bien provector, con un maletín lleno de libros de Ruedo ibérico, de Ediciones Ebro o de la Librería Española de París, tenía su recorrido bien planificado: así, además de Anagrama, visitaba al arquitecto Emilio Donato o al futuro escritor José María Riera de Leyva, entre otros. Es decir, los lectores de Ruedo en Sarrià tenían nombres, apellidos y dirección. Y naturalmente los libros circulaban. Aunque fueran tesoros, se prestaban, se leían, se discutían.

Se ha dicho, y es muy cierto, que los textos de Ruedo

ibérico eran una formidable arma de contrainformación que ponía al descubierto las mentiras o silencios de la información oficial o permitida. Y en concreto *Cuadernos de Ruedo ibérico* ha sido considerada, unánimemente, una revista fundamental para la toma de conciencia de los jóvenes estudiantes españoles, la más importante plataforma de discusión política.

Ruedo ibérico se instala en España

Bajo el rótulo Ibérica de Ediciones y Publicaciones, entre 1977 y 1982 se publicaron 22 títulos, entre los que podrían destacarse algunos de los libros más valiosos del fondo de Ruedo ibérico —de Southworth, Borkenau, Nin, Brenan—, el volumen colectivo *Extremadura hoy*, en 1978, un libro antisistema coordinado por Naredo, Mario Gaviria y Juan Serna, que fue un empeño de gran envergadura, y textos anarquistas con mención de honor para las memorias de García Oliver. También las *Crónicas sarracinas* de Juan Goytisolo.

Sin discutir, desde luego, la validez y el rigor de dichas publicaciones y la vigencia, incluso actualísima, de muchos de sus análisis y denuncias, Ruedo ibérico se instaló en España en un momento muy especial, bajo cuyos efectos sucumbieron o se vieron muy golpeadas numerosas iniciativas de editoriales progresistas.

Yo mismo lo viví en Anagrama, a raíz de las elecciones que dieron el triunfo a Suárez, en junio de 1977, cuando se produjo lo que muy sintéticamente se llamó el desencanto, a raíz de un resultado que nada tenía que ver con la ruptura deseada, que ya se adivinaba imposible. Bruscamente desertaron los lectores de tales publicaciones. Y esto no es una opinión, sino aritmética editorial, de restas más que de sumas. Ello provocó, como es bien sabido, el cierre de revistas tan significativas del antifranquismo como *Triunfo*, *Cuader-*

nos para el Diálogo y La Calle y los graves problemas de muchas editoriales que habían luchado por ensanchar los límites de la libertad de expresión, por lograr nuevos espacios de libertad, según la terminología de la época, además de la tristísima defunción de Ruedo ibérico.

¿Adónde fueron a parar aquellos lectores perdidos, los lectores más politizados? Hipótesis de trabajo: desengañados, se marcharon a la India o se refugiaron en la heroína (no pocos tenemos amigos que cedieron e incluso sucumbieron trágicamente ante esas tentaciones), otros se pasaron a la novela negra (la responsable de Cinc d'Oros, la librería «roja» por excelencia de Barcelona, me contó un día: «Tenemos los mismos clientes, pero los que antes leían a Lenin ahora leen a Chandler y Patricia Highsmith»). Y otros pasaron de la militancia clandestina a la política legalizada y más o menos acomodada, dando por clausurada su formación teórica (y aquí los ejemplos son innumerables).

Este desencanto no fue privativo de nuestro país. También y en tiempos similares se produjo en Francia, tras la resaca del Mayo francés —significativamente Maspero tuvo que abandonar la edición y su empresa, convertida en La Découverte, se reorientó en una línea más acorde con los tiempos, y Christian Bourgois tuvo que sosegar «10/18», posiblemente la colección de bolsillo más combativa de la época—, o en Italia, tras los «años de plomo», en los que los responsables de Feltrinelli tuvieron que poner en marcha una enérgica operación de cirugía, tanto de programa como de colaboradores, o en Alemania, donde tras la disolución de la izquierda extraparlamentaria que encabezó Rudi Dutschke, el combativo editor Klaus Wagenbach tuvo también que replegarse.

Debido a la cuasi desaparición de la censura, Ruedo ibérico perdió su función más específica: la publicación de aquellos libros que sólo una editorial en el exilio podría editar.

Pero ya antes, desde finales de los 60, desde la apertura que siguió a la Ley Fraga, pese a sus limitaciones, secuestros de libros y procesos, se empezaron a publicar textos antes impensables, de forma cada vez más sostenida, con las editoriales empujando y empujando. Basta repasar los catálogos de la época de Laia, Cuadernos para el Diálogo, Península, Fontanella, Comunicación o Anagrama, por citar algunas de las más combativas, o Ciencia Nueva, Edima o Cultura Popular, desaparecidas en combate. Un alud de publicaciones, cada vez con menos tabúes, aunque persistía el de la guerra civil, que contribuyeron a diluir el impacto de las ediciones de Ruedo ibérico. Con la paradoja de que con la apertura de Fraga, el enemigo mortal de la editorial, se inicia el declive de Ruedo. Además, el escoramiento radical de *Cuadernos de Ruedo ibérico* la condenaba a un número restringido de lectores, con las consecuencias económicas obvias. Así, en tiempos más recientes, revistas como *mientras tanto* y *Archipiélago*, que en buena manera recogen el espíritu de los *Cuadernos*, tienen una estructura completamente artesanal, subsisten en economía de guerra, la guerra contra el sistema al que combaten.

Durante mucho tiempo, ante un panorama político aparentemente tan bloqueado, tan pasteurizado, no se adivinaban nuevos jóvenes lectores radicalizados. Sólo en los últimos años, la asfixia neoliberal ha provocado una considerable respuesta antisistema, la salida del letargo. Y así, autores como Noam Chomsky, Naomi Klein, Richard Sennett o Susan George, entre otros, han despertado el interés de buen número de lectores insatisfechos con el *statu quo*. Lectores de la última etapa de Ruedo ibérico, diríamos.

Pasando al ámbito empresarial, visto desde fuera, la propuesta de Ramón Viladás de albergar Ruedo ibérico en la estructura de Edicions 62, entonces con Oriol Bohigas y Castellet al frente, seguramente hubiera dado una mayor estabilidad y sosiego a la siempre precaria Ruedo ibérico, pero había fac-

tores psicológicos e ideológicos más complejos, así como la eterna suspicacia de Pepe ante una posible pérdida del control de la editorial. En cualquier caso la sugerencia no fructificó, por lo que sobran especulaciones.

Una deuda

Pagué parte de mi deuda personal con Pepe Martínez con la publicación de dos libros.

El primero fue una voluminosa biografía de José Forment con el título *José Martínez: la epopeya de Ruedo ibérico*, un libro muy bien recibido por la crítica, nada bien por algunas personas muy allegadas a Pepe (cosa que me apenó, pero así sucede a menudo con las biografías), y bien recibido por otros amigos y colaboradores suyos como José Manuel Naredo, Francisco Carrasquer, Ramón Viladás, Nicolás Sánchez Albornoz o su fiel amigo gallego Isaac Díaz Pardo, en cuya galería Sargadelos de Madrid se presentó el libro. Incluso el muy cáustico Juan Martínez Alier, después de señalar insuficiencias y errores, celebró que por fin se hubiera escrito un primer libro sobre el tema. Asimismo, en la publicación anarquista *Solidaridad Obrera*, Carlos Sanz afirmaba: «Pepe Martínez es con toda seguridad el personaje más importante del mundo editorial durante el franquismo. Este libro, al margen de interpretaciones erróneas o no sobre la personalidad de Pepe, cumple con su principal finalidad: reivindicar y recuperar la memoria de Pepe Martínez y Ruedo ibérico; la publicación de su investigación ha valido la pena.»

El otro libro publicado por Anagrama fue la reedición aumentada de un *Cuaderno de Ruedo ibérico* que no fue colectivo sino, excepcionalmente, obra de un solo autor, Aulo Casamayor, seudónimo del prestigioso economista José Manuel Naredo. Un libro con un título contundente: *Por una oposición que se oponga*, todo un programa a trasmano de la

postura de los partidos políticos de izquierda, a finales de 1976. Su subtítulo rezaba así: *Crítica a las interpretaciones del capitalismo español y a las alternativas que ofrece la «oposición política»*. Su prólogo a nuestra edición, de diciembre de 2002, empieza así: «El presente volumen plantea el análisis de la llamada “transición política” desde perspectivas diferentes a las habitualmente divulgadas. Muestra que el verdadero éxito de esta operación ha sido prolongar, sin “traumas”, bajo la nueva cobertura “democrática”, el tipo de sociedad piramidal que nos había tocado vivir bajo el franquismo, eso sí, debidamente renovada y asociada a lo más granado del capitalismo transnacional y a la cúpula del poder político-militar mundial, gobernada por Estados Unidos.»

Un texto de una dureza diamantina que, lógicamente, levantó ampollas por su crítica frontal al Partido Comunista, al que tildaba de colaboracionista, y propugnaba una nueva izquierda, una izquierda radical que aspiraba a nuevas formas de acción y organización para la liberación de la especie humana.

Cuando lo presenté en Barcelona afirmé que se trataba de un libro de referencia tan indispensable como incómodo para la derecha confesa y para la presente izquierda. Y concluí con una profecía nada arriesgada: «Un libro que debería provocar un debate político pero que es posible que se silencie.» Y así ocurrió, salvo con las contadas excepciones de rigor.

Si recuerdo bien, conocí a Pepe Martínez en la Feria de Frankfurt, a la que asistió desde 1971 hasta al menos 1978, mientras que yo empecé en 1969. Estábamos ambos en el área de los editores españoles y más de un año estuvimos en *stands* vecinos. El ritmo de trabajo era más sosegado que ahora —y en su caso lo importante y simbólico era la desafiante presencia de Ruedo ibérico—, por lo que teníamos tiempo para largas charlas, en las que exhibía su humor cortante y su vasto conocimiento tanto del *milieu* del exilio como de las

conspiraciones del interior. Y también, claro está, sus entusiasmos de editor. Además, por su *stand* y en menor medida por el de Anagrama aterrizaron con frecuencia exiliados políticos, periodistas y colegas izquierdosos varios.

Naturalmente fui sensible al encanto personal de Pepe Martínez, reforzado por el aura de Ruedo ibérico. El historiador Antonio Elorza, que en su juventud fue un colaborador de Pepe, lo describe así: «Un tipo excepcional, de formación anarquista, gustos aristocráticos y talante autoritario, en grado sumo irascible», «con rasgos que recuerdan la aventura equinoccial de Lope de Aguirre». En suma, añade Elorza, «un personaje fascinante que, al igual que Juan García Oliver, el líder anarcobolchevique a quien tanto admiraba, llevaba dentro una formidable carga de destrucción».

Un dandy «sempruniano», según acertada precisión de Jordi Gracia, con una coquetería característica y personalísima: llevar la corbata por encima del jersey. Otro dandy muy distinto, Giovanni Agnelli, el gran patrón de la Fiat, se distinguió también con otro tic persistente: el reloj por encima de la camisa.

Pienso que Pepe Martínez miraba con afecto las publicaciones de Anagrama, que también era una editorial abierta a las varias sensibilidades de la izquierda, con una subrayada tendencia hacia los marxismos heterodoxos y el pensamiento libertario. Es decir que Anagrama publicaba, en especial en sus Cuadernos, a Trotski, Maurín, el Che, Mao, Wilhelm Reich, Gunder Frank, Chomsky, su maestro Pierre Vilar, Lucio Magri, Santi Soler del MIL (Movimiento Ibérico de Liberación), Bakunin, Kropotkin y naturalmente a los situacionistas. Y también, en otra vertiente, a Sade, Breton, Bukowski. Y Pepe sabía de los numerosos procesos y secuestros que había tenido la editorial. Y así como, en 1975, la ultraderecha española plantó una bomba, que causó serios daños, en la sede de Ruedo ibérico en la rue de Latran, también en España se dedicaban a atacar librerías, con total impunidad,

y además, en el mayor percance de la época, incendiaron el almacén de Distribuidores de Enlace, que albergaba los fondos de las ocho editoriales progresistas, entre ellas Anagrama, que componían la sociedad.

Pero no se trata de hablar de Anagrama sino sólo de subrayar las afinidades editoriales. Y una de ellas en especial. Como es lógico, Pepe Martínez, aunque muy tardíamente, descubrió y quedó deslumbrado por los textos de los situacionistas, tan radicales como él y también hedonistas, bebedores e insolentes (y también con su toque dandy: recuérdese la inusitada encuadernación plateada de la revista de la Internacional Situacionista). El 10 de febrero de 1981 escribió a Francisco Carrasquer informándole de sus recientes lecturas de Debord, Vaneigem, Sanguinetti, Viénet y del famoso panfleto *Sobre la miseria en el medio estudiantil*, e incluso intentó publicar *Sobre el terrorismo y el Estado* de Gianfranco Sanguinetti, y también a Antonio Negri, el líder de Autonomía Operaia, dos ejemplos de confrontación radical del capitalismo contemporáneo.

En mi trato con él, siempre cordial, nunca sufrí ninguna de sus legendarias cóleras, aunque para ser exactos asistí a una inesperada explosión. En mayo de 1977, después de casi dos décadas de exilio en París, Pepe Martínez hizo su primer viaje a España para preparar la implantación de Ruedo ibérico en nuestro país. Los editores amigos de Barcelona, entre los que recuerdo a Grijalbo, Castellet, Barral, Comín, Beatriz de Moura, brindamos con él por su regreso, y en el curso de una comida muy cordial se le cruzaron los cables y empezó a atacar al pobre Alfonso Carlos Comín, miembro del PSUC y el ser humano más parecido a un arcángel que yo haya conocido nunca, acusando al Partido Comunista y, ya puestos, al propio Comín de todos los crímenes estalinistas en la guerra civil, hasta que la enérgica bonhomía de Joan Grijalbo logró apaciguarlo.

El 20 de abril de 1978 se celebró en la Galería Maeght de Barcelona que dirigía su viejo amigo Paco Farreras una gran fiesta para presentar oficialmente en España Ruedo ibérico y su filial Ibérica de Ediciones y Publicaciones, a la que acudió Tarradellas, también viejo y leal amigo del exilio, y la representación de todas las faunas de la izquierda, desde los supervivientes del grupo de Puig Antich hasta la izquierda liberal más moderada, como le cuenta a su amigo italiano Giorgio Agosti en una carta, en la que constata, lúcido: «Esa noche enterré un muerto, muerto desde hace meses: el viejo Ruedo ibérico. Pienso que lo enterramos todos los presentes. Se acabó esa especie de Frente Popular cultural que fue Ruedo ibérico durante más de quince años.» Y más exactamente, para decirlo en palabras de José Manuel Naredo, «Ruedo ibérico (para sus antiguos amigos de la oposición antifranquista) pasó de ser una plataforma útil a convertirse en un testigo incómodo de las componendas políticas de la transición».

Cuando ya residía en Madrid, a mediados de los 80, pude reunir a los dos grandes amigos, Pepe Martínez y François Maspero, a propósito de la traducción de la novela de este último *Le sourire du chat*, que le propuse a Pepe y que aceptó. Pepe cuenta en una carta a una amiga italiana: «Las quasi-memorias de François Maspero, que fue mi colega, mi amigo y mi vecino en París. Era un editor de izquierda que se arruinó como yo. Pero él verdaderamente arruinado porque era rico. Hago esta traducción para un editor español que ha halagado mi vanidad diciéndome que Maspero y yo somos sus maestros: seguro que se arruina.» Por fortuna se equivocó, Anagrama se había salvado por los pelos de la quiebra a finales de los 70, tras el famoso desencanto y otros percances. Y por desgracia Pepe no pudo asistir a la presentación del libro de Maspero en Madrid en 1987, había fallecido solo y amargado, como demasiado bien sabemos, el año anterior.

Dejando de lado sus ciclotimias y susceptibilidades, o las especulaciones sobre carácter y destino, al contemplar el espléndido catálogo de Ruedo ibérico que él había construido, de forma irreplicable, un catálogo que es la demostración de su gran valía como editor, en él se reflejan sus grandes pasiones, la recuperación de la memoria colectiva, la contrainformación de las mentiras oficiales para propiciar la transformación en profundidad de la sociedad. También sus conocimientos tipográficos, la búsqueda de la belleza, de la dignidad estética de sus libros. Y su talento para alentar y propiciar y saber «ver» libros posibles pero aún no existentes y también la abnegada labor de convertir manuscritos poco elaborados en textos dignos de Ruedo ibérico.

Un aspecto muy a tener en cuenta es la importancia de las innumerables cartas que Pepe Martínez escribió a lo largo de su vida y de las que, muy consciente de la importancia de su testimonio –la omnipresente obsesión de preservar la memoria histórica–, guardó minuciosamente las copias, que ahora están depositadas en el benemérito Instituto Nacional de Historia de Amsterdam.

Y voy a terminar esta intervención demasiado larga con dos citas. Una, de su amigo Juan Goytisolo acerca de la muerte de Ruedo ibérico, en 1982, a causa de, dice lapidariamente, «el triple dogal de la confusión, el pasotismo y el desencanto» de la sociedad española. Y la otra, del propio Pepe. Dice así: «Y el cinismo sin llegar...» Una frase, desde luego, referida a sí mismo, viejo león malherido pero irreductible.

*Ruedo Ibérico, un desafío intelectual,
con ocasión de la exposición del mismo título.
Residencia de Estudiantes, Madrid, 15 de junio de 2004*

«THE TALENTED MR. WOLFE»

El primer recuerdo, a finales de los 60, fueron esas dos palabras, Tom Wolfe, como un *trade mark* respingón, y una imagen más respingona aún: un joven dandy vestido de blanco todo el año, invierno incluido, camisa de rayas, cuello blanco cerrado (y también respingón) y corbata, en los tiempos de la contracultura. Así nos miraba, insolente, desde las revistas de la época.

Mis dos primeros fichajes literarios norteamericanos, en los primerísimos 70, fueron el gran cuentista Donald Barthelme y Tom Wolfe. Un autor, éste, que debutó con un título que era toda una declaración de intenciones (para quien supiera descifrarlo), *The Kanky-Kolored Tangerine-Flake Streamline Baby*, del cual se publicó una breve selección en los «Cuadernos Ínfimos» de Tusquets. Y a partir de ahí se publicaron en Anagrama casi todos sus libros posteriores.

Mi primer contrato con Tom Wolfe fue en el 72: *Radical Chic & Mau-Mauing The Flak Catchers*, que se transformó, tras arduas deliberaciones con los traductores Álvarez Flórez y Ángela Pérez, en *La Izquierda Exquisita & Mau-mauando al parachoques*: la «izquierda exquisita», como traducción de *radical chic*, tras descartar la facilona y obvia *gauche divine*; eso sí, se presentó en Bocaccio, oficiando Manolo

Vázquez Montalbán. Después siguieron *La banda de la casa de la bomba*, *La palabra pintada*, *El Nuevo Periodismo* y *Los años del desmadre*. Todos ellos libros muy pirotécnicos, exclamatorios, algo así como una alegre (malignamente alegre) *mascletà*.

Y a principios de los 80 *Lo que hay que tener*, quizá su obra maestra (que tuvo una versión cinematográfica tan sólo regular con el título de *Elegidos para la gloria*), *¿Quién teme al Bauhaus feroz?*, *En nuestro tiempo* y *Las Décadas Púrpura*, hasta llegar a su primera y tan celebrada novela *La hoguera de las vanidades*. Fin de trayecto, o casi: en 1997 recuperé un título «escapado», *Ponche de ácido lisérgico*.

Los tres primeros títulos tuvieron acogida mitigada, con lectores muy fans pero escasos, hasta *El Nuevo Periodismo*, que se convirtió en lectura obligada (y muy placentera) en las escuelas de periodismo y similares; se ha reeditado en siete ocasiones y se han vendido casi veinte mil ejemplares. También gozaron de una difusión progresivamente favorable *La palabra pintada* y *¿Quién teme al Bauhaus feroz?*, un sarcástico díptico sobre la pintura y arquitectura contemporáneas. La última tuvo una animada presentación en el Colegio de Arquitectos de Barcelona, a cargo de Oriol Bohigas, Óscar Tusquets y Francisco Umbral.

En cuanto a los anticipos, respondían al interés que entonces despertaba el autor en España, o sea prácticamente nulo: los de los cuatro primeros libros oscilaron entre 150 y 300 dólares... Con *La hoguera de las vanidades* las cosas cambiaron, dentro de un orden: 25.000 dólares. Rápidamente recuperados, por otra parte: la de Anagrama fue, con mucho, la traducción que mayor éxito tuvo en el mundo mundial.

Conocí a Tom Wolfe en agosto del 88 en un viaje por Estados Unidos; su familia estaba de vacaciones, pero él regresó a Manhattan para recibirnos. Nos abrió la puerta el propio autor, con su uniforme de Tom Wolfe, nos sirvió

vino blanco, nos habló de literatura, de su pasión por Zola y su desprecio por los novelistas hipercerebrales y anémicos, de lo mucho que le habían gustado nuestras ediciones y de lo que apreciaba nuestra fidelidad (aparte de la norteamericana Farrar, Straus and Giroux, Anagrama era la editorial con mayor número de títulos de Tom Wolfe en su catálogo). En resumen, nos atendió con la elegancia que se le supone a un caballero sureño.

Después nuestros destinos se alejaron, para decirlo en forma de bolero, pero sin embargo, *sans rancune*, mi consejo para cualquier lector es que abra cualquier libro de Tom Wolfe por cualquier página al azar y empiece la travesía. Talento a raudales y diversión garantizada.

El Periódico, *diciembre de 2002*

ÍNDICE

Recuerdos dispersos de Jesús Aguirre, editor y duque	11
Editar a Kiko Amat	23
«Collage» para Nanni Balestrini en su cambio de dígito	29
Baricco, «Ilíada», Scherezade	37
Julian Barnes, «pince-sans-rire»	41
Pierre Bourdieu, la musculatura intelectual de un luchador	47
Bukowski en Anagrama	53
Homenaje a Roberto Calasso	57
Raymond Carver Memorial en Londres	63
En el principio era el «Mestre» (Para Josep Maria Castellet)	71
Rafael Chirbes: la voz de la verdad	77
Salvador Clotas, lector y activista cultural	87
Albert Cohen y la saga de los Solal	93
Alonso Cueto entre los desgarrones de la historia	107
Morgan Entrekin, el primer gringo premiado en Guadalajara	111
Para Joan Grijalbo, «homenot», en sus 90 años	115
Pedro Juan [Gutiérrez] en el ring	119

Patricia Highsmith, una anécdota	125
Sin domesticar. Insertos de Joaquín Jordá	127
Kapuściński lo ve	137
El placer de leer a John Lanchester	145
Claudio Magris, zancadas entre fronteras	151
José Antonio Marina, sabueso intelectual de cabecera	163
Cabeza, piernas, manos y codos de la Martín Gaité . . .	171
«Y el cinismo sin llegar...». Homenaje a Pepe Martínez y el Ruedo ibérico	177
Para Alberto Méndez	193
Mojada era una estrella: Catherine M.	201
Terenci, «de prop»	209
Vladimir Nabokov: Casa de citas, a propósito de «Apostrophes»	213
Salvador Pániker, editor	223
Un premio para Alan Pauls	229
Ricardo Piglia, el escritor más subrayable.	235
Para Sergio Pitol	241
Pombo, académico	255
Paco Porrúa, agente secreto, gran editor	261
Homenaje a Javier Pradera, conspirador, editor, escritor	265
El Roto, homenaje mínimo	271
Enhorabuena, Arundhati [Roy]	273
Tom Sharpe, fotógrafo (y con un nuevo Wilt para muy pronto)	277
Frankfurt sin Roger Straus	283
Antonio Tabucchi, escritor y ciudadano	287
Editar a Esther Tusquets	291
Jaume Vallcorba, Sociedad Unipersonal	297
Para Enrique Vila-Matas	303
Homenaje al maestro Antonio Vilanova en el Aula Magna	317

Juan Villoro, México-Barcelona-México-Barcelona- México, etcétera	321
«The Talented Mr. Wolfe»	327
Puco Zaforteza, a caballo	331
<i>Nota sobre la edición</i>	335
<i>Índice onomástico</i>	337